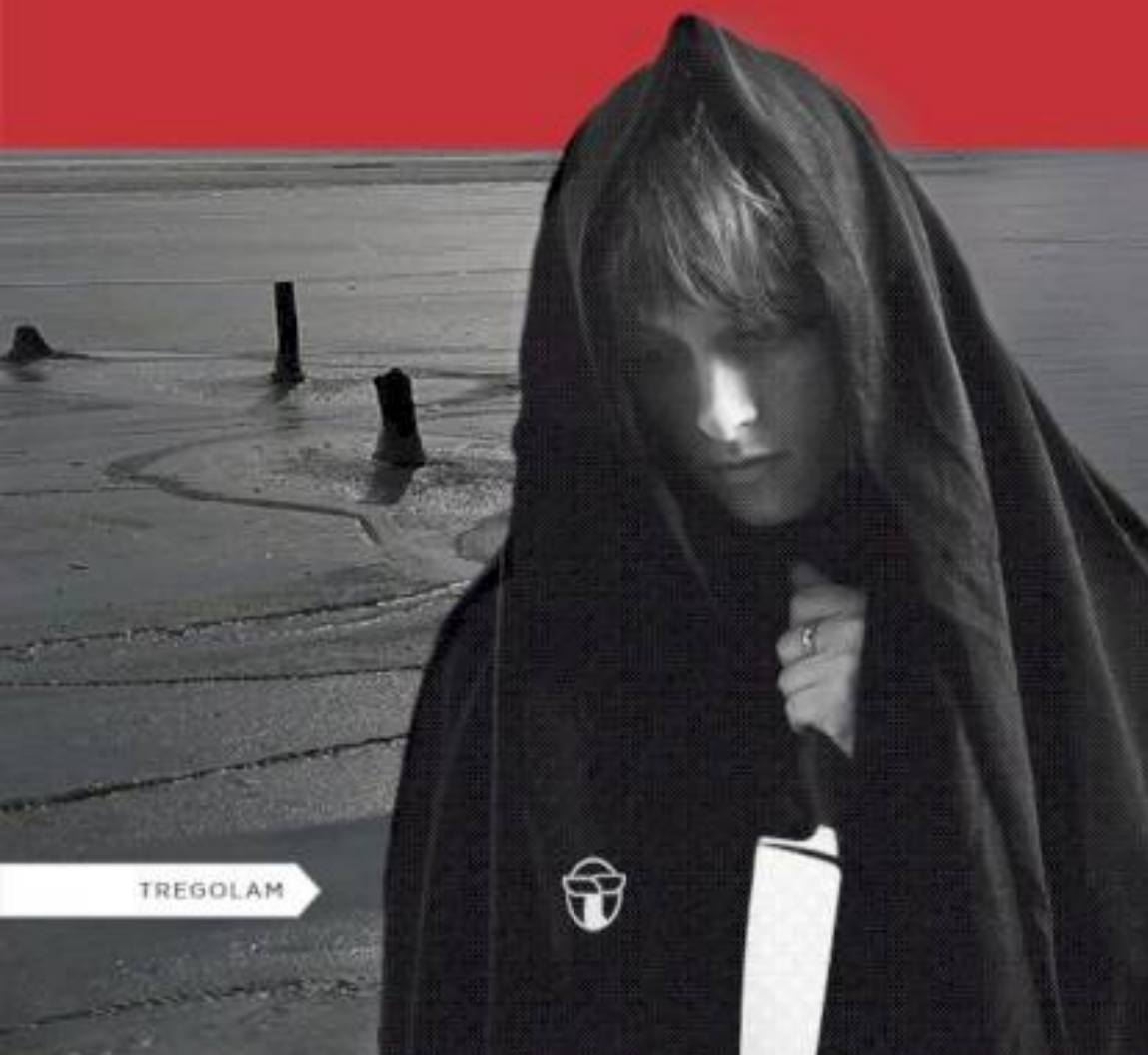


ISA LEEN

SOMBRAS EN LA OSCURIDAD



TREGOLAM



Con tan solo nueve años, Tania es testigo de un hecho indecoroso y a partir de ese momento su vida cambiará para siempre. Sombras lúgubres. Miedos. Voces. Ruidos en la noche y oscuros mensajes de un ser siniestro que la incita a someterse a él y a mantenerse alejada del pecado. ¿Quién es ese ser? "El círculo no está cerrado" serán las palabras que resonarán en la mente de Tania, año tras año. ¿Qué significan? ¿Cuántos pecadores tendrán que ser sacrificados?

Durante la adolescencia, Tania buscará la respuesta a esas y otras muchas preguntas. En su empeño por entender los hechos extraños que se suceden en su vida, descubrirá varios de los más sórdidos secretos de su familia.

Ese descubrimiento, junto con la educación poco común que recibió en la infancia y los eventos vividos a lo largo de su vida, la irán formando como persona, hasta decidir aislarse por completo de la sociedad.

Pero todo cambia el día en que se muda a un chalet y conoce a los vecinos de enfrente.

Para distraerse y romper la rutina diaria, Tania decide espiarlos desde la ventana.

¿Dejará que esa familia entre en su vida? ¿Para qué utilizará Tania al hombre, a la mujer y al hijo de estos? ¿Dónde acaba la realidad en el relato y en qué punto empieza la ficción? ¿Hasta dónde llega el poder de la mente, los mecanismos de autoprotección cuando se vive rodeado del silencio, del abandono y de la desesperación?

**Sombras en la
oscuridad**

Isa Leen

Divino Señor del renacer y los cambios,
haz que se cumplan mis deseos de
purificación y eternidad
Apiádate de mí, ángel protector,
y guíame en la senda de la oscuridad
hasta que vuelva a ver la luz terrenal.

Tania de Jong

PRÓLOGO

Lo más detestado de sus pertenencias acababa de llegar a su nuevo hogar. Iba bien embalado dentro de la caja que ella misma, Tania, había marcado con el número tres. Reprimió una sonrisa nada más verla aparecer en manos del hombre de la empresa de mudanzas que había contratado. ¡Por fin la tenía en casa!

—Por favor, tenga cuidado. Lo que va ahí dentro es muy frágil —advirtió, y se hizo a un lado, para que el hombre pudiera entrar en la vivienda.

Mientras él se dirigía al salón, Tania salió afuera y se situó junto a la puerta de entrada. Desde allí advirtió el ir y venir de aquel hombre corpulento y sudoroso desde la casa a la furgoneta y viceversa. Esa mañana se había encargado de transportar aquella frágil mercancía los seis kilómetros de distancia desde el domicilio anterior de Tania, en la ciudad de Hoorn, y el de ahora en Schellinkhout, un pueblo pequeño a la orilla del lago IJssel, en la provincia de Holanda del Norte.

Transcurridos unos minutos, la última caja quedó depositada en el salón-comedor junto a las demás.

—Bueno, pues ya está. Esa era la última. Si está de acuerdo, firmeme aquí —dijo el hombre con un documento y un bolígrafo en la mano—. Mire, aquí, donde pone señora de Jong —señaló con el dedo en la parte baja del impreso—. Y apunte la fecha de hoy, diez de septiembre de dos mil dieciséis.

Mientras ella firmaba, el hombre se secó la frente con un pañuelo y lo guardó de vuelta en el bolsillo delantero del buzo. Parecía que le faltaba el aire; quizá el sofoco se debiese al calor inusual de esa mañana de principios de septiembre, o al trabajo que acababa de realizar.

—Muchas gracias, aquí tiene —dijo Tania, y le devolvió

el documento firmado, junto con veinte euros —. Así, hoy, sábado puede tomarse unas cervezas o, bueno, usted sabrá. Es su propina.

—Gracias ¡Qué generosa! —respondió el hombre mientras se bajaba un poco la cremallera del buzo —. No se preocupe, encontraré dónde gastarlo.

Guardó el billete arrugado en el bolsillo de la camisa y, con la factura en la mano, se dirigió a su furgoneta. Antes de arrancar, encendió un cigarrillo y dirigió un saludo a su clienta, que permanecía en el umbral de la puerta. Ella le hizo un gesto de despedida con la mano, entró en la casa, cerró con llave y se dirigió al salón-comedor.

No podía perder ni un minuto más.

Las diez cajas de distintos tamaños estaban apiladas en el suelo, junto a la puerta corredera de cristal que daba al jardín. La que ella ansiaba abrir era la marcada con el número tres. ¿Dónde la habría puesto?

Hizo a un lado las más pequeñas y rebuscó con nerviosismo. Cada caja llevaba un número escrito en grande y en rojo, pero el hombre no las había colocado en orden. Encontró una con el número diez escrito, otra con un cuatro, otra con...

¡Ahí estaba! en la segunda fila, debajo de otras dos cajas algo más pequeñas. La sacó del montón y la colocó encima de la mesa del comedor.

No parecía que estuviese dañada.

Tomó unas tijeras y cortó la cinta adhesiva que sellaba la caja. La abrió. Estudió el contenido y respiró aliviada.

Con sumo cuidado desenvolvió los objetos. Dobló el papel y lo dejó en orden encima de la mesa. Con pulso firme extrajo de la caja las tres urnas funerarias de porcelana negra. Cada una de ellas exhibía la foto del difunto. Las depositó encima de la mesa. Se agachó hasta quedar a la altura de la mesa y examinó las tres urnas. Las rotó despacio, en busca de rasguños o grietas.

No encontró ninguna. Las tres se conservaban intactas.

Se enderezó, dio un paso atrás y las contempló un instante. Se frotó las manos, las tomó de una en una, y cruzó

el pequeño salón con parsimonia y gesto serio. No podía dejarlas caer, tendría que recoger el contenido y en esos momentos no estaba por esa labor.

En la pared frente al sofá, donde también se hallaba un escritorio con la televisión, había una estantería. Las colocó allí, una al lado de la otra.

Cogió una bayeta y empezó a quitarles el polvo. La pasó con lentitud por cada uno de los tres retratos, milímetro a milímetro.

Al instante, frunció el ceño, arrojó la bayeta en el escritorio, y con dedo acusatorio, se dirigió a las urnas.

—¡Ya vale! Dejadme tranquila. Me sé vuestro mensaje de memoria y sé que hoy no es el día. Dejadme ordenar mis cosas en paz. ¡Callaos!

Dicho esto, comenzó a sortear los muebles y las cajas, primero a paso lento, pero a cada poco lo aceleraba más y más. ¿Por qué no se callaban?

—¡Ya vale!

Se hincó de rodillas.

Tres voces profundas surgieron de la nada, repetían la misma frase una y otra vez:

—El círculo no está cerrado. El círculo no está cerrado...

Tania escudriñó la estancia desde su posición.

¿Estaba sola?

—¡¡Vale!! —voceó, mientras se levantaba tambaleante —. Me sé el mensaje de memoria. Palabra por palabra. ¿Cuándo me vais a comunicar lo qué falta? ¿Qué queréis de mí?

No obtuvo respuesta.

Instantes después, percibió otra voz. Esta vez, suave y reconfortante:

—Tania. Ta-nia. Tania. ¿Estás ahí? Colócate donde te pueda ver.

Tania cerró los ojos y contó hasta diez antes de abrirlos otra vez. Recobró la compostura, se aproximó al escritorio, levantó la tapa del ordenador portátil y se sentó en la silla.

—Lo siento. Estoy... nerviosa —dijo y se quedó pensativa. No era capaz de dar con las palabras correctas, o tal vez

prefería no dar explicaciones —. He dejado atrás aquel lugar y ahora... ahora...

Mientras hablaba, con los dedos de la mano derecha daba vueltas a un anillo que llevaba puesto en el dedo corazón de la mano izquierda. Vueltas y más vueltas. El aro de plata giraba sin cesar.

—¡Mírame! —dijo la voz que procedía del ordenador.

Tania fijó la mirada en la pantalla.

—Exacto. Así. Necesito ver tu rostro. Esto no es lo que habíamos acordado. No puedes permitir que te den estos arranques. Sabes lo que tienes que hacer para evitarlos. En cuanto termines de recoger tus cosas hablamos otra vez. *Bye-bye*.

Tania no tuvo tiempo ni de responder ni de despedirse, pero su amiga estaba en lo cierto, tenía que haber evitado aquel ataque de ansiedad. Había sido un error, debía haberlo prevenido.

Con movimientos mecánicos se dirigió a la estancia contigua, la cocina. Extrajo una botella de agua de la nevera, tomó un vaso del armario y lo llenó de agua. Agregó una cucharilla de unos polvos blancos que guardaba en una cajita de madera, los disolvió y bebió la mezcla de un trago. De súbito, un dolor punzante en el estómago la dobló y tuvo que acuclillarse. Se concentró en seguir el ritmo de la respiración. Contó hasta cinco... hasta diez... y vuelta a empezar. Poco a poco el dolor desapareció, y pudo enderezarse.

Los pintores y decoradores habían terminado el trabajo hacía dos días, y aunque había ventilado, la casa olía aún a pintura fresca y a muebles nuevos. Abrió la puerta del jardín de par en par y se situó en el centro del salón. Lo repasó con la mirada.

Las paredes y techos blancos contrastaban con los marcos de las ventanas, las puertas y los suelos negros. El aseo en la planta baja, el cuarto de baño en el primer piso y la cocina lucían también esta combinación de colores que se extendía al mobiliario, accesorios e incluso a su propia ropa y calzado. No quedaba ningún vestigio del pasado. Ni de

sus dueños. Ni de lo que allí había acontecido.

Seis años de espera. Eso había tardado en conseguir que aquella casa le perteneciera; ahora era suya. ¡Suya! Nadie se la iba a quitar. Permanecería en ella a la espera de un nuevo dictamen. Y cuando lo recibiese, lo ejecutaría sin demora. Completaría su misión. La habían elegido a ella. Solo a ella. Pero... ¿para qué? Y, ¿cuándo le darían la señal?... Mensajes. Mandatos... Tantas incógnitas y tan pocas respuestas.

Sus ojos se toparon con las cajas de la mudanza y su semblante serio mudó de golpe. Tenía que deshacerse de ellas. Extrajo su teléfono del bolsillo del pantalón y buscó la lista con sus canciones preferidas. Eligió la más apropiada para la ocasión, dio al *play* y lo arrojó al sofá con el volumen al máximo. Elvis entonó *A Little Less Conversation*.

Unas horas más tarde solo le quedaban por abrir dos cajas de tamaño medio. Las almacenaría en el sótano. Una de ellas contenía algo especial y delicado que no se le permitía desembalar hasta una fecha concreta que en esos momentos desconocía. La otra caja, la más pesada, iba llena de malos recuerdos.

Apagó la música y cogió primero la caja más pesada. Caminó por el pasillo concentrada en no dejarla caer.

Justo debajo de la escalera se encontraba la puerta blindada, recién instalada, por la que se accedía al subsuelo, una estancia sombría de unos cuarenta metros cuadrados.

Dejó la caja en el suelo y marcó el código. Una combinación de símbolos y cifras que solo ella conocía. Oyó un clic y la gruesa puerta de metal cedió.

Un silencio absoluto y una oscuridad opaca la incitaron a adentrarse en aquel lugar íntimo.

Dio un paso y descendió el primer escalón.

Presionó el interruptor.

Un chasquido, y la luz se encendió.

¿Dónde se había escondido?

—¡Si estás ahí, dame una señal! —exclamó al aire.

Las bombillas comenzaron a parpadear.

1

Un halo de misterio envolvía la propiedad de la familia de Jong. Secretos sórdidos escondidos entre paredes impenetrables, medias verdades, miedos, desconfianza. Ningún desconocido entraba allí sin su consentimiento. Ni desde las casas vecinas, a más de cincuenta metros de distancia, ni los transeúntes eran capaces de ver lo que en su domicilio acontecía. Habían conseguido crear el refugio perfecto.

Los de Jong, Jan y Carla, eran ricos y gente de muy buena reputación. De puertas para fuera representaban la familia perfecta, expertos en aparentar. Altos, rubios con ojos claros, cuerpos bien cuidados y ropa cara, eran la envidia de muchos. Si bien fumaban y bebían alcohol, hacer deporte era parte de su rutina diaria, estuvieran donde estuvieran, así como seguir una dieta sana y equilibrada. Tania era su única hija. Una niña escuálida e introvertida, de ojos verdes y melena dorada. El lujo no les faltaba, ni personal para ocuparse del jardín, de las labores del hogar y de las finanzas.

Vivían a las afueras de Hoorn, en Holanda del Norte, en una villa de lujo que se erguía –blanca, inmaculada– al cielo, en medio de jardines bien cuidados. La fachada poseía grandes ventanas, gracias a las cuales el interior se inundaba de luz incluso en los días oscuros. A unos diez metros a la derecha de la vivienda, un edificio en forma de cubo blanco convertido en garaje, daba cobijo a enseres, dos coches de lujo y varias bicicletas. El perímetro de la propiedad lo demarcaba una pared de ladrillo de más de dos metros de altura. Para acceder al lugar, habían colocado una puerta de metal opaca que se podía abrir desde la vivienda. Un camino de gravilla amarillenta, de treinta metros de largo, surcaba el frondoso césped y unía la casa con la

puerta de acceso a la finca.

Jan y Carla, según ellos respondían a quienes preguntaban, además de haber obtenido una herencia millonaria al fallecer los padres de Jan, eran directores de una empresa multinacional dedicada a la agricultura, en especial a lo relacionado con semillas de hortalizas y verduras. La mayor parte del tiempo viajaban a diferentes lugares del mundo. Decían que iban a reuniones, seminarios, firmas de contratos, fiestas e incluso vacaciones exclusivas para ellos dos o con sus más estimados clientes. Algunas veces se ausentaban meses enteros, aunque procuraban regresar para las fechas especiales tales como cumpleaños, San Nicolás y Navidad.

El cuidado y la educación de su hija se dividían entre las visitas esporádicas de la abuela materna, Roos, y el de un nutrido grupo de *au pair* -niñeras - traídas del extranjero para cuidar de ella y, se suponía, también para aprender holandés.

Bueno, eso decían sus padres a Tania cuando ella les preguntaba por qué esas chicas tan guapas, que no pasaban de los veintidós, querían aprender un idioma minoritario. Ellos le respondían que se lo preguntara a ellas. Pese a que en muchas ocasiones lo intentó, las respuestas dadas por las niñeras eran imposibles de entender, chapurreaban un inglés muy básico. En cuanto al holandés, ninguna aprendió más de veinte palabras sueltas durante la estancia en aquella casa. A pesar de los esfuerzos de sus padres, que dedicaban parte de sus días libres a impartirles clases. Los tres se encerraban en una sala de la planta baja que Jan había habilitado como biblioteca, y permanecían allí dentro algo más de media hora. Tania opinaba que sus padres no eran buenos profesores, después de estas lecciones, las niñeras no entendían ni tan siquiera frases sencillas, infantiles o de uso cotidiano.

Cada *au pair* no permanecía allí más de dos o tres meses, aunque también hubo algunas cuya estancia no superó el par de semanas. Iban y venían con tanta frecuencia que Tania dejó de tomarles apego, si es que alguna vez lo tuvo.

Las tareas de estas niñeras eran sencillas: por la mañana, después de desayunar, llevaban a la niña al colegio y por la tarde la recogían; hacían la compra en uno de los supermercados del barrio, cocinaban, comían juntas y después se encargaban de acostar a la pequeña.

Cada día, nada más regresar del colegio, Tania se encerraba en su habitación y se entretenía con sus muñecas, dibujaba, veía la televisión o leía. Evitaba estar con la *au pair* y si esta le preguntaba algo, la niña, cansada de que no la entendiera, se encogía de hombros y decía un simple, “no entiendo”.

Conforme pasaba el tiempo y se hacía mayor, Tania empezó a darse cuenta de que aquellas chicas, no estaban allí solo para encargarse de ella. Estaba segura que hacían algo más, pero... ¿qué?

Las noches que sus padres dormían en casa, las *au pair* se acicalaban con sus mejores prendas, algunas se maquillaban, otras se ponían demasiado perfume... La mayoría de ellas se esforzaban en cocinar mejor y sonreían con frecuencia, algunas con timidez, otras con descaro.

¿Por qué se comportarían así? se preguntaba la niña, que pasaba ya de los nueve años. Quizá para complacer a sus patronos o tal vez para que les pagaran más dinero, al fin y al cabo, eran sus empleadas. Estaba convencida de que algún día, tarde o temprano, descubriría la verdad. El destino, o quizá la casualidad, eligió una noche fría de otoño.

Era el once de noviembre de dos mil cinco, día de San Martín. Una fecha añorada por los niños de Holanda del Norte. En cuanto oscurece, salen en grupo o en parejas a cantar de casa en casa, armados con unas lamparitas de cartulina hechas en el colegio. Por cada canción que entonan, reciben caramelos, mandarinas o galletas. Las veces anteriores, Tania había ido a cantar acompañada de su abuela Roos que venía para la ocasión desde Alkmaar, una ciudad a treinta kilómetros. Pero esa tarde, Jan y Carla, por primera y única vez en la vida, habían decidido ir con ella. Quizá lo hicieron porque todos los padres de la clase ha-